

BERNARDO RAMALLO

HIJOS EMPERADORES, PADRES QUE OBEDECEN

CÓMO MANEJAR
LOS LÍMITES
EN LA CRIANZA



Deslee De Brouwer

Bernardo Ramallo

Hijos emperadores, padres que obedecen

Cómo manejar los límites en la crianza



Desclée De Brouwer

© 2023, Bernardo Ramallo

© 2023, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A.

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3217-1

Depósito Legal: BI-00260-2023

Impresión: Grafo S. A. - Basauri

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	11
El amor como ingrediente	11
1. Filosofía de la era <i>soft</i>	15
Concepto de autoridad en la actualidad.	15
Hiperconectividad virtual vs. conectividad real.	18
Padres pendientes de que los amen antes que de educar	25
Bienestar no es felicidad	27
La generación cómoda.	30
2. La nueva generación de padres, la nueva generación de hijos	33
Hemos bajado la vara	33
Nos apoyamos mucho en los atajos	36
Niños arrogantes, futuros adultos egoístas	39
Consecuencias de la falta de límites	41
La cultura de la adrenalina y el descontrol.	44
3. De la cultura de padres abandonicos a la cultura dedicada .	49
Por qué los límites son importantes	49
Tolerar el enojo ante el límite.	51
A algunos padres les cuesta poner límites.	53
Límites en hijos con padres separados	55
La inocencia o la conciencia con que se llega a ser padres . . .	57

Padres que obedecen, hijos que gobiernan	59
Modelos familiares y nueva concepción de límites	62
Lo que le sucede a tu hijo, te pertenece	64
Contacto humano vs. contacto virtual	67
¿Y si dejamos de rezar al dios celular?	70
Los hogares no son una democracia	74
4. Criando para que puedan y para que puedan solos	77
Lo valioso antes y lo valioso hoy	77
Límites de adultos, límites de chicos	80
Cuidarlos. No atenderlos	82
Hijos huérfanos de padres vivos	85
5. Guía práctica para manejar los límites en casa	89
Consejos para implementarlos	89
Educar a tu hijo sin gritar	93
Premios y castigos	98
Diferencias entre entender un límite y aceptarlo	101
Cuatro estilos de padres	105
Disciplina y castigo: diferenciamos	106
Final: Transformarnos en padres de nuestros hijos	109
Ayudarlos a que sean quienes son	109
La misión cumplida.	113

Introducción

El amor como ingrediente

Históricamente, las relaciones dentro de una familia han sido casi “constitucionales”. El amor no era un componente básico que diera origen o justificara finales de parejas o familias o de cualquier tipo de relación. Los hijos querían a sus padres porque eran sus padres y los padres querían a sus hijos porque eran sus hijos. Y esto no se discutía ni se revisaba.

De un hombre se esperaba capacidad de trabajo para proveer de bienes materiales al hogar. De una mujer, altruismo para la crianza y los quehaceres domésticos. Si esas características estaban presentes, se iniciaba la tarea de la familia y de la procreación.

Este cuadro de operaciones se completaba con los hijos, que eran ante todo una opción de ayuda en los avatares de la subsistencia. De ahí que fuera mucho más valioso tener un hijo varón, dado que servía más, podía hacer los trabajos de fuerza. Aunque también las mujeres sembraban y tenían oficios, sus ocupaciones no solo pasaban por lo doméstico.

El amor de pareja apasionado y tener hijos para disfrutarlos eran relatos románticos de la literatura o de los ricos. Los hombres y mujeres comunes simplemente construían sus familias y las llevaban adelante metódicamente. Por cierto, ser padre y ser madre era una obligación a partir de cierta edad, un mandato social.

Recién en el siglo XX, con los avances de la Psicología y la Pedagogía, se instaló en el pensamiento social la noción de “individuo”: las personas somos una entidad única, irrepetible y respetable. Las personas comenzaron a mirarse con más empatía unas a otras, con más registro del otro como alguien singular. Inclusive se desarrolló la noción de niño, de infancia, pues antes los pequeños eran tratados como adultos. Si vemos fotos de niños de principios de siglo XX, nos llama la atención que se vestían como personas mayores.

En este siglo también nace la posibilidad de integrar la felicidad como búsqueda. Por ejemplo, la vocación, preguntarse por lo que me hace bien a mí, lo que me hace vibrar, lo que me hace feliz, interrogantes que en un principio solo podían hacerse aquellos que pertenecían a la clase rica, era su privilegio.

Han ido cayendo diversos reguladores sociales vigentes durante siglos, como por ejemplo casarse para toda la vida y ser obediente en sostener ese sacramento. Se disputaron, y estamos en una época de mucho fulgor en ese cuestionamiento, los estereotipos de género (hombre proveedor, productor, agresivo / mujer criadora y ama de casa) y las condiciones y elecciones sexuales de las personas. ¿A dónde arribamos hoy? A que la palabra familia despierta en cada quien una experiencia única y diferente.

Pero hay algo que no cambió. Seguimos siendo, por instinto quizás, seres que buscan reproducirse, y a nivel global en el mundo las tasas de natalidad no descendieron, sino más bien lo contrario. Pienso, sin embargo, que seguimos en deuda con algo: ser padres biológicos todavía sigue siendo mucho más importante que la calidad de la crianza.

Crear una vida y traerla al mundo es uno de los episodios humanos que, haya sido buscado o no, requiere de la más consciente actuación desde la responsabilidad.

Y de eso se trata este libro, de que en esos años *sagrados* de la infancia y la adolescencia en que nuestros hijos se van constituyendo, formando, en esos primeros tiempos de vida en los que suceden constantes inscripciones dentro de ellos, no podemos aceptar que se erijan como emperadores a los que rendir reverencia, y mucho menos aún podemos ablandar o claudicar y perder nuestro rol de *directores técnicos*, sea si *nos tocó* o si elegimos ser padres. Permítanme ser categórico: no hay agenda más importante que esa.

1

Filosofía de la era *soft*

Concepto de autoridad en la actualidad

En muchos países de Occidente la figura de autoridad atraviesa en la actualidad fortísimas modificaciones, al punto de que a todos nos resulta difícil adaptarnos a las nuevas maneras, ya que básicamente la autoridad no existe a priori, sino que se desarrolla en el *mientras tanto*. Se obtiene por méritos y no por investiduras. Quien quiera ser una autoridad debe ganarse ese puesto con acciones que lo ameriten. Esto desconcierta muchas veces a los padres, que intentan ejercer el mando por el solo título de ser los progenitores del niño. Se inclinan a decir que todo está mal, que *nadie respeta la autoridad* y, por cierto, tampoco los adultos lo hacemos. ¿Respetamos de antemano a un policía por ser policía? ¿A un docente por tener un aula a su cargo? ¿A un médico por su delantal? ¿A un presidente electo por su actual función? Definitivamente no, a priori ya no respetamos la autoridad. Y mucho menos por la trayectoria o los títulos obtenidos.

Somos capaces de enfrentar y cuestionar, sin que nos tiemble el pulso, a la maestra de nuestro hijo, al médico que nos atendió o al policía que está en la esquina. En esta *Sociedad de la denuncia y el escrache* en la que vivimos, parecería que da hasta cierto placer ir contra los que tienen algún tipo de autoridad, como si protagonizar una denuncia nos diera notoriedad y orgullo moral (falsa revolución moral, muchas veces). No hay más

inmunidades ni *fueros sociales*. Ante la mínima incorrección (o presunción de incorrección) cualquiera será señalado.

Hoy, así las cosas, la autoridad se logra solo por un camino: el de los méritos en el presente. A medida que alguien se vuelve respetable, le acreditamos recién una autoridad. Y podemos quitársela por el mismo criterio, porque vemos reprehensible algo que hace o dice. Solo por el *aquí y ahora* alguien será o no respetado.

Lo mismo ocurre para la nueva generación, de antemano no respeta mucho a sus padres a menos que estos se ganen su respeto con una actitud loable, a menos que le inspiren ganas de escucharlos y de pensar en lo que le dicen, de reflexionar sobre las medidas que toman.

Esa falta de respeto no siempre se manifiesta a través de malos comportamientos o de actitudes de rebeldía. Quizás son niños que no se portan muy mal, pero interiormente no conceden a esos padres crédito de autoridad, no se identifican con ellos como es necesario para un buen crecimiento, no los consideran modelos a seguir, rechazan en sus adentros varias de sus actitudes de adultos, de sus paradigmas, de sus elecciones.

Por tanto, los adultos deberemos revisar, a la hora de pensar los límites, qué autoridad nos estamos ganando a sus ojos, qué crédito nos dan como líderes del hogar. Y tendremos que ir directamente a mirarnos a nosotros mismos, a ver si la vida adulta que llevamos (y ellos miran) es respetable, si genera en ellos admiración o repudio.

No podemos esperar que nos respeten si nuestros actos de adultos son poco honorables, porque insisto en que hoy la figura de autoridad en la sociedad ha cambiado drásticamente, y en mi opinión para bien.

Ya nadie es valorado porque sí, desapareció en la casa el respeto por lemas como *porque yo lo digo, porque acá mando yo*. Desapareció ese miedo íntimo que siempre existió ante la autoridad, miedo que funcionaba

como un regulador conductista para que todos hicieran lo correcto. Con miedo, todo estaba bajo control.

Hoy vivimos en la sociedad de la frontalidad y de la manifestación, nadie se queda con ganas de decir lo que piensa y siente, ni de reclamar lo que le parece injusto. Pasamos de una sociedad de tabúes, reprimida, de moral estricta y cristiana, a una sociedad *rebelde, agitadora*, en la que todos quieren expresarse y ganar terreno en lo que desean y aspiran.

Así que una sugerencia para mejorar las cosas en casa con los límites. Fijémonos en qué concepto tienen nuestros hijos de nosotros. Seguramente en frases, contestaciones y demás actitudes, ese concepto se formula, se desnuda. Y a veces quizás no lo asumimos, porque es posible que nuestros hijos vean en nosotros errores que neguemos, que nos fastidie admitir o minimicemos. Pero el punto acá es que, en definitiva, nos restan solvencia a sus ojos.

Tiempo atrás eso no importaba, el hijo siempre respetaba a sus padres, aunque estos llegaran a hacer barbaridades en su vida (que proviene de barbarie). La función de autoridad volvía prácticamente inimputables a los adultos. Hoy ni el presidente de un país goza de ese privilegio, menos entonces un simple mortal que sea mamá y papá. Hoy más que nunca en la historia, se educa desde el ejemplo.

La clave de la educación no es enseñar, es despertar.

Ernest Renan